

# Resignificándonos con el otro.

Tres experiencias de semestre  
de campo

ANA KARINA  
CHÁVEZ, CRISTINA  
PERALES Y FÁTIMA  
SILVA \*

\*Estudiantes de la licenciatura en Ciencias de la Educación del ITESO.

*Alguna vez me invitaron a soñar, yo acepté el reto sin pensar, sin imaginar lo que esto traería a mi vida. ¿Cómo empezar?, ansiosa pregunté, nadie respondió, por mí misma tendría que descubrirlo y, sí que es irónica la vida, empecé a soñar despertando.*

El reconocimiento del otro como sujeto comenzó a darse en nosotras desde hace ya tiempo, pues diversidad de experiencias vividas a lo largo de nuestra vida, en la infancia o en la adolescencia, nos decía que fuera de lo conocido vivían otras personas, que aunque no las sintiéramos cerca eran parte de lo que formaba a nuestro país, nuestra realidad y a nuestra propia vida. En gran medida la elección de la carrera de la Licenciatura de Ciencias de la Educación en el ITESO se debió a esto, a decir sí a la oportunidad de trabajar para el otro y con el otro.

Durante los distintos semestres fuimos reconstruyendo este concepto del “otro”, por el que pensábamos trabajar y, poco a poco, como resultado de un ir y venir constante, esa visión asistencialista de “trabajar para el otro” se fue convirtiendo en trabajar *con* el otro.

Ya que como parte de la carrera se planteaba la opción curricular de hacer un semestre de campo, la visión, hasta romántica algunas veces, de trabajar con compromiso social se fue haciendo viable y en sexto semestre de la licenciatura optamos por ella.

La idea del semestre de campo, dentro de la apuesta educativa del ITESO, es formar profesio-

sionales con compromiso y acción sociales, que trabajen en pro de una sociedad más justa y más humana en sus prácticas profesionales.

El paso siguiente era, entonces, ver en qué contextos y con qué organizaciones situaríamos nuestras prácticas sociales. Una de las elecciones, Chiapas, Coreco, Educación para la paz se hizo con facilidad, las dos restantes nos llevaron un poco más de tiempo, pero para diciembre de 2003 ya habíamos elegido los escenarios, y teníamos alguna idea de lo que queríamos hacer allá: trabajo en talleres, investigación de campo, dar clases, pero sobre todo, reconocer lo aprendido durante nuestra formación universitaria y aprender de los nuevos y, hasta ese momento, desconocidos contextos.

De enero a julio de 2004 dos de nosotras vivimos en Chiapas en donde colaboramos con la Comisión de Apoyo a la Unidad y Reconciliación Comunitaria, Coreco AC, cuya labor es apoyar a las comunidades de este estado en lo referente a los procesos de transformación positiva de conflictos. La otra partió al noroeste del estado de Oaxaca para hacer lo propio en el Centro Educativo Cultural Agropecuario Chinanteco, Cecachi, internado intercultural parte del sistema educativo salesiano que pretende fortalecer la identidad cultural de los alumnos, formándolos en una actitud de servicio hacia sus comunidades.

Una parte importante del Semestre de Campo es trabajar en un proyecto propio, que integre los diferentes aprendizajes adquiridos a lo largo de la carrera y que a la vez sea de utilidad para la

organización con la que se trabaja. Así, pues, después de muchas vueltas y de varias reestructuraciones, se plantearon tres proyectos, donde la investigación participativa, el trabajo con indígenas y los procesos interculturales fueron algunos de los aspectos comunes, si bien todos se enfocaron en procesos educativos diferentes.

El primero de ellos, realizado en el Cecachi, giró en torno a las interacciones interculturales que se dan dentro de esta comunidad educativa; el segundo es un trabajo sobre la visión de lo que las mujeres de diferentes comunidades de Chiapas entienden por conflicto y de qué manera lo manejan; y el tercero analiza los procesos de transformación de conflictos dentro de una comisión local de Reconciliación y las competencias que se desarrollan en estos. Vale la pena aclarar que estos proyectos continúan realizándose como proyecto de tesis.

Debemos mencionar aquí que la decisión de emprender el viaje requirió tomar muchas decisiones personales que implicaban consideraciones tales como el apoyo y los temores por parte de nuestras familias. Sus opiniones nos importaban pues son las personas con las que hemos convivido a lo largo de mínimo 20 años, así una de nuestras madres se preguntaba: “no sé quien es más valiente, si ellas al irse o nosotras al dejarlas ir”, ya que la decisión afectaba a todo el entorno familiar conformado por personas que

han participado e incluso moldeado nuestra vida y nuestros aprendizajes.

A la vez, el sueño personal nos presentaba una paradoja, pues por una parte los temores nos tentaban a quedarnos sentaditas en la burbuja en la que habitábamos, pero al mismo tiempo nos impulsaban a seguir para adelante, al final, aún con los múltiples actores de nuestras vidas, la decisión acabó siendo personal.

Y sí... decidimos apostarle a ese sueños y nos fuimos. Al abordar el camión en Guadalajara las lágrimas comenzaron a fluir por sí solas, resultado de todo el tiempo estuvo presente ese miedo siempre presente, de ese sentimiento de inseguridad ante el cual nos preguntábamos si habríamos tomado la decisión correcta al dejarlo todo e ir en busca de algo nuevo y diferente. Pero la respuesta no la encontraríamos en ese momento ni al día siguiente de nuestra partida sino que se iría descubriendo con el paso del tiempo y de las experiencias misma vividas en nuestro nuevo hogar.

Ahora regresamos con nuevas respuestas que hemos encontrado en nuestro camino a esas grandes interrogantes y nuevas preguntas para trabajar. Este texto resume y reestructura la experiencia, rescatada por medio de nuestros diarios de campo, de la resignificación de nosotras mismas y del otro, proceso que vivimos durante esos seis meses, y que seguimos viviendo.



Mi mundo y el tuyo ¿similar,  
complementario o diametralmente opuesto?

*No es lo mismo saber que existe una realidad o conocerla,  
que comprenderla y vivirla.*

El primer acercamiento o encuentro con un contexto tiene diferentes matices, algunas cosas te gustan, otras te aterran, otras más te causan curiosidad, de manera paulatina descubres los distintos valores, creencias y significados que tienen las cosas.

Así, dentro de todo este proceso de revelación de la realidad se establece un contacto inicial con aquellas personas que te rodean, con esos otros que son pieza clave y fundamental en el enorme rompecabezas de esta nueva experiencia. Dentro de este proceso ocurre un enriquecimiento constante que parte de la diversidad de edades, contextos, experiencia histórica, género, etcétera, muchas de estas personas con características que te diferencian profundamente de ellas, pero a la vez encuentras diferentes aspectos similares,

Cada pieza es imprescindible para entender la lógica de vida de los otros. En cada uno de los contactos, o al caminar por las comunidades, uno se va empapando de su vida y es posible darse cuenta de las cuestiones de la vida cotidiana, como de que al trabajar el campo los más grandes les enseñan a los más chicos a usar el machete y el azadón, y de que todos trabajan juntos para lograr que su tierra rinda los frutos esperados, frutos y trabajo que hacen que su vida cobre un sentido diferente al de uno.

Pero no sólo el campo, su economía y su forma de vida, son importantes en su realidad, también las creencias le dan un sentido diferente a su vida. Por ejemplo, en una celebración, el principal de la iglesia hizo un hoyo junto a la cruz adornada con palmas y cuando estuvo la comida puso dentro la cabeza y el corazón de un pollo, masa para atole, atole agrio, el pollo y el caldo, chocolate y galletas, esta ceremonia en la ciudad sería incomprensible, allá, sin embargo, pertenece al contexto y es parte de la identidad de los otros. Es sorprendente que precisamente

este sentido religioso es lo que les permite abrigar esperanza ante esa realidad que los va excluyendo de su propio mundo.

Sin embargo, entrar en el contexto, en especial en estos contextos, es doloroso, duele porque se comienza a entender y a vivir junto con ellos las profundidades de los conflictos y lo complejo de su vida, se da uno cuenta de que en verdad no se había conocido la realidad en la que ahora se convive. Esa realidad tiene cara y tiene nombre pero a veces preferimos no ver; empero, al abrírnos a esta experiencia, esa realidad ya no pudo pasar inadvertida para nosotros, pues ya éramos parte de ella. Existen tantos hechos que confrontan: el que la gente viva en la miseria y en el olvido, sus experiencias de violencia, o la resignación reflejada en sus rostros. Todo eso duele.

En un encuentro de experiencias para la reconciliación, una de las organizaciones presentó un recuento de los casos de violaciones a los derechos, documentados en Chiapas desde el conflicto de 1994... No se presentaron imágenes pero las puras palabras y los números eran duros y calaban hondo... Después se proyectó el video de la jornada *Crónica de una Rebelión* y las imágenes nos sacudieron. Es en momentos como estos que empiezan a surgir preguntas sobre la propia experiencia de vivencia de la realidad: ¿cómo es posible que se pueda pisotear a la gente de esa manera? y lo que es peor ¿cómo es posible que no supiéramos nada?, ¿cómo es posible que como sociedad seamos tan ciegos?

Es imposible e inhumano negar la existencia de esos rostros y no pensar que hemos estado pasivos ante estos hechos, de modo que uno se cuestiona ¿en dónde están esos otros? y ¿en dónde he estado yo? Son demasiadas las interrogantes que se generan al ir en busca de ese otro, y en muchos momentos ignoramos que se encuentra presente en cada lucha, en cada problema, en cada paso que se da. De la misma manera en que intentamos que esos otros nos permitan conocer su realidad, es fundamental reconocer que, el trabajar en el mundo indígena, con sus cosmovisiones tan diferentes a las "occidentales", también implica rupturas; las diferencias

nos asombran y aprendemos a disfrutar su compañía, pero al mismo tiempo se aprende a ver la realidad a través de su mirada, se da uno la oportunidad de convivir con ellos y de compartir un poco de la historia de cada uno.

Ese compartir abre puertas y nos da la enorme posibilidad de conocer al otro desde su propio mundo. En una ocasión, durante la estancia en la casa de uno de los informantes, una de nosotras tuvo que compartir la estrechísima cama de madera de la abuelita. ¡Viejita más linda, a pesar de no hablar nada de castellano nos platicaba todo en tselta! Era bonito oírle hablar y reírse con ella. No nos comunicábamos en la misma lengua, pero sí estábamos en la misma sintonía. Tanto ella como nosotras buscamos algo, buscamos al otro desde su propia realidad, desde su propio mundo.

Ir en busca de esa realidad y del otro trae consigo la posibilidad de crear relaciones interpersonales dialécticas entre su realidad y la propia; el conocer realidades de analfabetismo que van más allá de la estadística, conocer que nadie en la comunidad ha terminado la secundaria pues si bien quisiera alguno terminarla tendría que ir a otra comunidad de otra organización lo cual sería como salirse de la resistencia y perder las tierras. Muchas experiencias de las que tenía noción, mas nunca la había compartido de cerca. En ese momento tomamos conciencia de que su vida es más compleja de lo que hubiéramos podido pensar, abrimos los ojos y nos cuestionamos la posibilidad de que nuestro mundo estuviese al revés.

De igual manera en que nos cuestionamos este tipo de cosas, también somos capaces de reconocer que la criticidad con la que se mira el contexto en el que se vive varía según la fuente de donde surge la información, las noticias del lugar en el que uno vive se transforman, se sitúan; de manera coyuntural se comienzan a ver los distintos aspectos y las relaciones de poder que influyen en la vida diaria de las personas. Hablamos de relaciones de poder que marcan y determinan el curso de la vida de todas aquellas personas que se ven involucradas en dichos encuentros, como el sucedido el 10 de abril en la

emboscada a los 4,000 zapatistas que se manifestaban de manera pacífica y en donde hubo varios heridos. Al conocer desde dentro la situación la experiencia tomó nuevas dimensiones, afloraron la rabia, el dolor, la incredulidad, la resistencia y se hizo evidente lo absurdo de seguir negando la realidad del país, la indiferencia de la gente, tanta pobreza ¿cómo es posible tanta incredulidad ante las situaciones que viven otros mexicanos, tanta incompreensión? En esos momentos nos dimos cuenta de que la violencia que padecen los otros, duele.

Ese dolor que generaba en nosotros la realidad del otro, nos hizo ver las cosas desde esos ojos, los de los otros, sus ojos, y sentirlos desde su corazón, lo cual implicó crear relaciones desde la propia visión a la de ellos y de regreso, encontrar la comunicación entre ambas lógicas y aprender, poco a poco, a entender la lógica de vida que tiene el otro, a aprender de ella y a involucrarse en ella. Desciframos las piezas del rompecabezas, en donde la realidad propia y la de los otros se comparte por algunos espacios, así, ambas realidades ya no corren paralelas, sin tocarse, sino que se afectan una a la otra y juntas adquieren un nuevo sentido. Reconocimos que estos otros, aun a pesar de todos los conflictos, *nunca pierden la esperanza* y aprendimos una nueva forma de convivir, de respetar la diversidad, pero sobre todo, una manera diferente de incluir. Al final, caímos en la cuenta de que el conocimiento de la realidad, del contexto, pasa de ser puramente racional, a vivirse, a entenderse y a conceptualizarse de manera diferente; también nos lleva a asimilar lo que somos dentro de nuestro contexto. Todo ello provocó en nosotras profundas reestructuraciones de acciones, patrones e ideales de vida.

Sumisión o rebeldía ¿hacia dónde camino?

*Definitivamente, no lo sé todo, aquí he venido a empezar de ceros... abierta a conocer todo lo que hasta ahora ha sido desconocido para mí. Es decir, nadie garantiza que por ser universitario, uno obtiene todas las respuestas, más bien, va en busca de ellas.*

Si el proceso fuera lineal, es decir, si se tratara de comprender el contexto y después se trabajara en él, sería más fácil digerir la experiencia, y muy probablemente sería también menos confrontador; pero no lo es. Uno se adentra en el contexto de manera ininterrumpida y de igual manera la acción dentro del contexto es constante.

El proceso es un continuo ir y venir, un bombardeo persistente de imágenes, sonidos y experiencias, en el que muchas veces no sabemos ni siquiera dónde estamos situados y cómo comenzar a trabajar con el contexto; es como estar parado, inmóvil, con el mundo fluyendo a velocidades inexplicables, algunas veces veloz en extremo y algunas otras con desesperante lentitud.

El hecho de estar parado ahí genera de nuevo confrontaciones con uno mismo y los diferentes roles que se desempeñan. Había ocasiones en las que era difícil reconocer el papel que nos tocaba jugar, pudiendo ser sólo maestra; o por el contrario, descubrirnos, la mayoría de las veces, como maestra, asistente, amiga, confidente, hermana, mamá o enfermera, lo cual volvía más complejas las relaciones, y a la vez impedía ver la importancia de cuidarlas.

Sumadas a esas confrontaciones personales están aquellas con la propia familia, con los amigos y, en general, con todo el contexto que nunca consideramos cuestionar. Ya no se trata sólo de comparar ambos contextos sino de ver la propia evolución día con día.

En esa evolución comienzas a ver, justificar, entender, reprobamos y luego superar (después de lograr situarlas dentro del contexto), las diferentes reacciones ante las propias resistencias y limitaciones; resistencia a reconocer que eran reales algunas experiencias que nos impresionaban, por el miedo a perder objetividad frente al contexto que se pretendía analizar, y limitaciones al no poder intervenir en procesos donde es importante que las personas de la comunidad lleguen a un acuerdo, porque son las únicas que pueden ver en su totalidad su realidad:

Hoy fui a ver un proceso de mediación de un caso, a veces me daban ganas de salir con mi actitud imperalista y decir “¿no sería mejor hacerlo así?”, pero en este proceso es importante que sea un acuerdo que salga

de ellos, por que los únicos que pueden ver el conflicto en su totalidad son las gentes de las comunidades. (Diario de campo)

De igual manera, al mirar dentro de uno mismo también es posible ver las potencialidades con que se cuenta, y uno mismo empieza a reconocerse, a descubrirse como mujer, como hombre o como individuo dentro de una sociedad, como persona con sueños; a construir sentidos en los sin sentidos, en ese ir y venir entre lo conocido y lo desconocido, siempre a través de los otros, en esa constante ruptura de esquemas donde recurrimos a nuestro pasado y a nuestra historia para construir nuestro futuro, viviendo el presente con el corazón y la cabeza bien conectados.

Pero estos descubrimientos no se dan únicamente en el ámbito de lo personal sino que también el otro se resignifica; es posible ver sus cualidades, sus valores, uno se cuestiona sobre los factores que hacen posible que esa persona sea consciente de su realidad, de sus defectos e incongruencias. Además alcanzamos a ver cómo algunas de las situaciones contra las que luchamos, se dan en la propia familia o con los amigos.

Así es como nos damos cuenta de que lo importante es aprender a ver al otro, a descubrirlo y reconocerlo, a verlo como persona, con sus potencialidades de desarrollo. Aprendemos también a cuestionarnos sobre la manera en que está siendo educado, y descubrimos que aún en esa interacción con el otro encontramos fuerzas y esperanza al descubrir que sueña y lucha junto a nosotros, desde su corazón y su propia realidad. Por ejemplo, nos preguntábamos sobre la existencia de algún factor que favoreciera u obstruyera la posibilidad de que las personas se hagan conscientes de su realidad que les hiciera decidirse a ir en pos de una mejor calidad de vida para ellas y para los suyos, ya que en algunos casos era evidente la constante búsqueda de una mejor situación para la familia, para la comunidad, para la persona misma, pero en otros, la conciencia de esta realidad no era tan patente ni para ellos ni para nosotras.

El reconocimiento y la significación del otro es una apuesta a la vida de esta sociedad justa que queremos construir, al plantear cuestio-

namientos que nunca nos atrevimos a preguntar o jamás imaginamos plantearnos; pero al mismo tiempo, encontrando respuestas a interrogantes que antes considerábamos indescifrables.

*Más que un encuentro con su realidad, ha sido un encuentro con mi propia realidad, con ese yo que había estado oculto y que hoy veo reflejado en cada sonrisa, en cada abrazo, en cada hasta pronto ...*

### Bagaje académico ¿opciones o restricciones?

*Me sentí acorralada, a prueba, tenía miedo, incluso desconfianza, preferí distanciarme, reflexionar la situación y ver si era necesario replantear mi práctica educativa.*

Junto con este aprendizaje y este crecimiento personal se da el crecimiento profesional. Realizar un semestre de campo es, además de aprender del contexto y encontrarse a uno mismo, aportar a la realidad a través de las propias competencias profesionales.

Desde el inicio tuvimos claro que en gran medida, la experiencia implicaba probar lo aprendido durante la carrera en un ámbito real. El reto surgió cuando, en la espera de que nuestros aportes fueran significativos, tuvimos que trabajar con, para y desde el contexto. Este situarnos dentro de la realidad hizo que en múltiples momentos reconociéramos nuestras potencialidades, pero también nuestras limitaciones.

El miedo y la inseguridad profesional se hicieron evidentes pues, si bien era cierto que habíamos trabajado en proyectos reales dentro de la universidad, siempre habíamos estado cobijadas por asesores, maestros y compañeros. Aquí era diferente, Aquí eramos las expertas en el tema y teníamos la oportunidad y la responsabilidad de participar en el proceso; había llegado el momento de intentar dejar atrás todos los miedos y de animarnos a vivir esta experiencia junto a aquellas personas que nos abrían sus puertas y que se habían convertido, poco a poco, en nuestra propia familia. Sin embargo, en medio de estos temores, también llegó el momen-

to de reconocer nuestras cualidades profesionales: la concepción analítica y más global del proceso de enseñanza-aprendizaje o el reconocimiento de las distintas acciones educativas que se daban dentro de las instituciones; acciones que muchas veces no eran vistas por los miembros de los equipos.

Dentro de la práctica educativa de las organizaciones es más que probable que nosotras, las profesionales, hayamos aprendido igual o incluso más de ellas. La experiencia del trabajo de todos los días y la reflexión a partir de este, generaron aprendizajes en nosotras, tanto profesionales como personales como, por ejemplo, aprender a no apropiarnos de los conflictos, o a valorar el proceso aunque no se llegara al resultado esperado. Un ejemplo lo constituye la siguiente experiencia, ocurrida durante uno de los procesos de mediación:

Cuatro años de negociación se fueron al cacahuate en una sentada; yo estaba decepcionada, sacada de onda, tenía tantas ganas de abrazarlos y de decir ¡estamos tan cerca!, ¡regresen!... ni registrar podía... mis otros dos compañeros estaban tranquilos y me di cuenta de que no todo era malo, las actitudes habían cambiado, la disposición también... pero es un proceso que toma tanto tiempo... (Diario de campo)

Con limitaciones y potencialidades surgió un conflicto que incide en todas las personas que trabajan en procesos educativos: la relación teoría-práctica. Ya fuera en los procesos propios de la organización o en los proyectos personales, la eterna interrogante “¿servirá lo que sé?”, y la restructuración constante de los diferentes proyectos y papeles, nos mantenían en constante observación de nuestra práctica educativa. Un ejemplo es el replantear la noción de educador y darse cuenta de que el camino lo deben recorrer educadores y educandos juntos, saber cómo acercarse al educando y dialogar para lograr ser guía y no patrón, como el hecho de encontrar maneras de comunicar la “lógica académica” con la “lógica de trabajo, de la práctica” propia de las organizaciones, de manera que se logran aprendizajes construidos de manera colectiva.

Otro conflicto, claro y difícil de sortear, es la separación entre lo personal y lo profesional. Reconocemos que somos sujetos sociales, que establecemos prácticas educativas en forma constante, que nos encariñamos, nos enojamos, vivimos y compartimos las experiencias con los otros, pero también se sabe que como futuras educólogas debemos ser capaces de plantear acciones hacia determinados fines y que no siempre es posible satisfacer todas las expectativas, todos los sentimientos, toda la subjetividad que nos abruma ¿o sí?

Nos preguntábamos cómo combinar lo académico, lo profesional, con el sentido religioso que se vive, cuáles eran nuestras convicciones de vida y qué cosas las rigen, cuál debe ser la manera de actuar durante una entrevista donde el informante, al que quieres y admiras, te dice que su trabajo no le sirve a la comunidad, y saber que no es pertinente, dentro de ese espacio, alentarle y ayudarlo a reconocer sus logros. Todo esto te pone en una situación complicada.

Este dilema, entre lo objetivo y lo subjetivo, se presenta todos los días dentro de nuestra práctica educativa y nos dimos cuenta de que no es posible separarlo, pues lo objetivo en realidad nunca lo es y lo subjetivo tampoco. Lo importante es tener claro qué se quiere y cómo se quiere lograr, y que si se quiere trabajar con el otro se debe plantear en ambas dimensiones y trabajar con ellas siempre unidas, una como potencialidad de la otra.

Una más de las confrontaciones que debimos enfrentar en este semestre de campo fue el hecho de ver las algunas veces infranqueables diferencias de estructuras educativas; desde la apuesta a lo tradicional, hasta la insuperable prueba de que “si se hace y sirve, se queda”. Nos dimos cuenta de que cualquiera que fuera la lógica, cuesta trabajo lograr los cambios (de metodología, de estructura, de conceptos).

Al pensar en la dificultad para lograr cambios, nos hicimos conscientes de que esta reside principalmente en que tanto las acciones en Cecachi, como en Coreco *son procesos educativos con la vida*; no de trata de un tallerito de capacitación extra o de la secundaria, como una parte

más del eslabón de la amplia cadena de la educación formal, son procesos necesarios para la vida cotidiana de los sujetos con los que se trabaja.

Pero ¿no deberían de ser todos los procesos educativos procesos con la vida? Nos quedó clara la verdadera trascendencia que tiene el papel del educador, incluso más allá del salón de clases, el taller o la investigación, pues forma y deja huella en las vidas de los educandos y del propio docente.

Esta trascendencia no puede separarse de la responsabilidad que conlleva; cualquier práctica educativa, en un taller, en un salón de clases, en una investigación, en la familia, implica una responsabilidad compartida por todos los participantes; si como dice Freire “nadie educa a nadie, todos nos educamos en la comunidad, mediados por el mundo”, la responsabilidad de la educación debe ser compartida y construida ente todos.

El mañana y yo, ¿rosa, transparente o nublado?

Qué dulzura, integrar tu alma con tu sueño, en el de muchos; vaciarte, perderte, ser la suma de muchos sueños y corazones utópicos y entregados. La entrega... ahora conozco su verdadero significado, maravillosa palabra traicionera, está en ti aceptarla o rechazarla.

Durante la despedida de las distintas comunidades fluían frases y preguntas como: “me dio mucho gusto conocerla hermana”, “ojalá nos veamos otra vez”, “adiós hermana, no se vaya a olvidar de nosotros”, y nosotras conteníamos las lágrimas al mismo tiempo que oíamos agitarse en nuestro interior nuestra voz que nos decía que esto no era posible, no podían ellos, ellas, los otros, desaparecer cuando jamás habíamos comprendido una realidad como hasta ahora, cuando no habíamos admirado a nadie por su servicio a la comunidad como los admirábamos a ellos, cuando nos habían cambiado la vida.

El cierre de estos semestres de campo tan enriquecedores, confrontadores y esclarecedores, fue difícil debido a las presiones, a que se terminaba el tiempo de estar ahí, a la elaboración del documento final que debíamos entregar a la or-

ganización sobre las diferentes investigaciones y otros acompañamientos, la valoración del equipo de trabajo y la evaluación; y al rehacer las maletas para regresar a nuestra realidad, que jamás volveríamos a ver de la misma manera.

El ver en nuestros documentos finales el trabajo de todo un semestre, nos generaba una serie de sentimientos que iban de la alegría y la seguridad, a la incredulidad de ver que en unas cuantas páginas estuviera contenido ese largo proceso. Fue un trabajo pesado, complicado pero, como todos los trabajos propios, amados, odiados, sudados y llorados; y fue a la vez sumamente enriquecedor.

En este cierre, la despedida de ese otro, estudiado, analizado, temido y disfrutado, fue lo más difícil. Tal vez porque en este caminar nos encontramos con personas a las que, después de ver su esperanza, su servicio a la comunidad, su entrega, fuimos reconociendo como educadoras para nuestra vida. En esos momentos nos dimos cuenta de que los lazos contruidos no sólo eran laborales, eran mucho más que eso, eran lazos de admiración, de respeto y de complicidad.

Ante la despedida y la inminente salida de aquella realidad intercultural para entrar a esta, urbana y académica, una de las cuestiones que representa un gran aprendizaje para nosotras consiste en reconocer que el contexto y la realidad nos rodean, presentándonos necesidades y líneas de acción necesarias para lograr una verdadera práctica transformadora. Sin embargo, estas necesidades y líneas no son evidentes por sí mismas. Es preciso tener una actitud de apertura ante la realidad y, poco a poco encontrar el fin, subjetivo pero que parte de la realidad objetiva, es necesario encontrar ese diálogo entre ambas lógicas, de manera que la construcción de alternativas no sea sólo tuya sino también del otro.

Se dice que lo más difícil de irse es volver, y de esta manera el ir y venir del que ya hablamos sigue en pie, la readaptación al contexto sigue en pie; la resignificación de los otros, aunque hayamos vivido y convivido con ellos por muchos o algunos años, continúa.

Durante nuestra evaluación, una de las personas con las que trabajamos nos dijo: “esta vi-

encia puede ser dos cosas, una experiencia valiosa, de la que te vas a acordar con cariño, o una experiencia que te servirá de base para todas las decisiones que tomes en tu vida”. Nosotras elegimos la segunda, después de haberla vivido y de tener la oportunidad de conocer una realidad como en la que trabajamos, desde los ojos y los corazones de los otros que la viven, es imposible cerrar los ojos. Como educadores es necesario que todas las prácticas tengan congruencia con el tipo de persona que queremos contribuir a desarrollar, con el tipo de mundo que queremos construir.

Dentro de la educación intercultural, ya sea formal o no, es necesario que el educador en realidad sea un andamio para que la persona conozca y acepte su propia cultura, de manera que cuando exista una interacción su identidad no se pierda, en especial con una cultura dominante como la nuestra. Es posible que exista una modificación, ya que la cultura es dinámica, sin embargo no es igual una modificación por sumisión o por ignorancia que una que favorezca la vida de la misma comunidad. Esta creación de vida durante el diálogo es lo que una educación intercultural debe de fomentar.

Nos damos cuenta, además, de que nuestra labor como educólogas no es sólo analizar, desmenuzar y fragmentar las prácticas educativas para comprenderlas sino sintetizar y construir a partir de eso. Una parte de ese compromiso es precisamente compartir este aprendizaje, esperando que genere aprendizaje en los otros también.

El semestre de campo no fue sólo una opción curricular para nosotras sino que fue una experiencia de vida, donde el otro tomó dimensiones jamás pensadas, donde el trabajo con el otro se convirtió en una convicción para cualquiera de nuestras prácticas educativas. Es por esto que el compartir esta experiencia no busca únicamente modificar estructuras sino mover corazones, como lo hizo con nosotras.

*Si, no existe más ciencia, se despierta soñando, y se sueña despertando. Gracias a todos los que sueñan desde el corazón hacia el mundo.*